

## CRITICA TEATRAL.—

## "Largo Viaje hacia la Noche"

Existía interés desusado ante el estreno. Sala desbordante de un público que durante tres horas y media siguió el desarrollo del drama agobiador. Nutridos aplausos al final, pero en los entreactos ese público permaneció en silencio, queriendo así no quebrar el denso y sofocante clima en que discurre la acción desde el comienzo al fin.

Plato fuerte, sin duda. No sólo por la inusitada duración de la pieza, sino —sobre todo— por la persistente monotonía del tono patético. Es difícil señalar el destino de este "Largo viaje hacia la noche", pero cualquier objeción o reparo deberá dejar a salvo la audacia del intento de un autor que puso su corazón al desnudo y alcanzó por momentos grandeza en el grito desgarrado por la aflicción y la congoja.

Al leer la obra comprendemos las razones íntimas de este fruto postrero del autor. O'Neill quiso más una revelación de sus entrañables sentires que levantar sobre el escenario el andamio de un drama. Las numerosas acotaciones del texto nos dan la clave. Esas acotaciones hacen de la extensa jornada de los Tyrone una novela, una crónica, una narración de su desasosgado vivir. En la anotación marginal sobre el personaje Edmund, escribe O'Neill: "... Sus grandes ojos oscuros son el rasgo dominante de su alargado y enjuto rostro irlandés"... "Su voz —dice del padre— es muy hermosa, sonora y flexible, y Tyrone se enorgullece mucho de ella". Toda la obra abunda en observaciones bellísimas desde el punto de vista literario y profundas para la comprensión del fondo psicológico y oscuro de los personajes. Es, pues, como el fluir de una gran novela.

Pasada al escenario, ese subtexto desaparece y la obra queda como amputada de algo esencial. Queda un drama insistente, que repite situaciones y se complace en subrayar con exceso las escenas melodramáticas, pesimistas, olvidando el autor que lo extremado pierde eficacia. En la querrela de los dos hermanos ebrios, en el acto cuarto, se da con ahínco la escrutación del mundo interior de los personajes, y al recuerdo viene el nombre de Freud. Pero en su forma el duelo de la autodestrucción

roza con peligro las zonas truculentas del "gran guión".

Tal vez, la historia de la familia Tyrone quede como el relato de la vida de unos seres vulgares escrito "con lágrimas y sangre". O'Neill se dejó arrastrar por el impulso de confesión y descuidó la estructura de la obra. "Largo viaje hacia la noche" es producto desmesurado, informe, del genio creador desbordado. La obra mana como un torrente que lleva en su correr muchas cosas de diversa condición. El torrente en este caso —como en el "Ulises", de Joyce, crónica informe también de lo que sucede a los personajes en un día— acarrea las remembranzas y los complejos del autor que contempla su propia vida desde el dolor.

Los personajes, recitan versos de Dawson, trozos de Shakespeare, el fragmento de un poema en prosa de Baudelaire, a Wilde, a Swinburne... Y se entregan con mecánica insistencia a roer en sus recuerdos y en sus sinsabores presentes. Es la confesión de "las tremendas y oscuras potencias del alma que se agitan en el hombre", como dice con razón León Miras, pero a todo ello —digámoslo con respeto— le sobra una parte que lo lastra de excesivo peso. El tercer acto es una reiteración de los dos anteriores. La maravillosa tensión dramática de la primera parte del cuarto se malogra por las proporciones inusitadas de la escena entre los hermanos Jamie y Edmund.

Con todo, O'Neill nos pone frente al desarrollo puro del drama: conflicto descarnado de pasiones humanas en que el vehículo es la palabra en su total, en su absoluto valor expresivo; personajes que tienen la tenebrosidad de ciertas pinturas seiscentistas, pero con más sombra que luz.

Tal vez ese exceso de función expresiva (piénsese que la familia está formada por seres neuróticos, agobiados por el alcohol y los vicios); tal vez —digo— lo desmesurado del diseño en los personajes exija, para que surjan con su entero relieve, actores de virtuosismo singular. Con ellos, sin duda, la obra ha de ganar mucho.

Dejemos para otra crónica los extremos relativos en la interpretación dada por el grupo experimental.

Critilo.